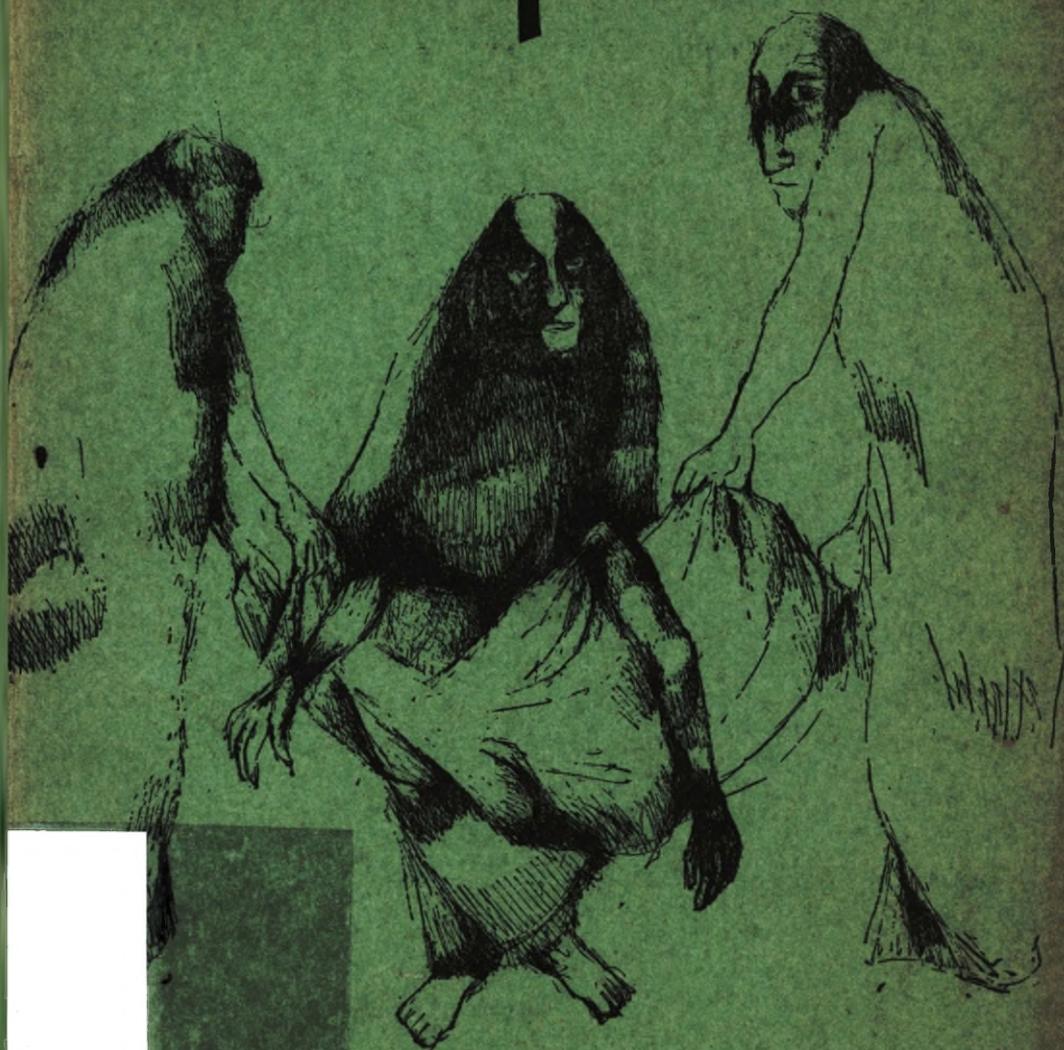


JOSE DE JESUS MARTINEZ

Caifás



Después de esto se dedicaron
a la pesca de hombres

Osley

EDICIONES TAREAS

Para la Sra. de Herrera,
con cariño y respeto
Jose de Jesus

JOSE DE JESUS MARTINEZ

CAIFAS

(UN PROLOGO Y TRES ACTOS)

Homenaje a Rogelio Sinán

EDICIONES TAREAS

PANAMA — 1961

ES PROPIEDAD

SPA

862

M346C

1961

e.5

Teatro panameño

El dibujo de la portada —Jesús definitivamente enterrado por sus discípulos—, pertenece a la colección de dibujos expuestos en el salón de exposiciones de la Universidad de Panamá del 13 al 23 de Junio de 1961, que Alberto Dutary ha hecho para ilustrar Caifás.

TITN: 3292

25-3-11

CAIFAS

(Un prólogo y tres actos)

PERSONAJES, según el orden en que aparecen:

MARTA

UNA MUJER

CAIFAS

UN MUCHACHO

UN SACERDOTE

TRES FIELES

JUDAS

PILATOS

UN CENTURION

Las decoraciones serán esquemáticas.

Salvo las veces que se indiquen, todas las entradas y salidas se harán por la izquierda.

En Jerusalén, tiempos de Jesús.

Derecha e izquierda, las del público.

Don. Sibur -VP

Prólogo

Patio trasero de la humilde casa de Samuel, una de cuyas esquinas asoma por la izquierda. Convenientemente situados: un arado dormido, una quesera y un corral.

(Entra Marta casi a la carrera. Viene desconsolada, perseguida por la pena. No tarda el llanto en desbocársele. Va hasta el extremo derecho de la escena y se sienta a llorar sobre el muñón de un árbol. Inmediatamente después entra una Mujer, amiga vieja de Marta, buscándola por todas partes. La ve y se dirige a ella)

MUJER

¡Mujer! Pero, ¿qué haces, mujer? No lo tomes así. Domina ese llanto de una vez. Regresa y atiende a los invitados.

(Marta no le hace caso)

Vamos, Marta, enjuga el llanto, enjúgalo ya. Estas cosas no se pueden tomar así. Debiste preverlo desde el día en que enfermó. Samuel no tuvo nunca esa fortaleza de los antiguos patriarcas para que te sorprenda ahora su muerte. Y aún aquellos sucumbieron al fin. Así es que resignate. Ven, enjuga el llanto y regresa a atender a los que vienen a ofrecerte su pésame. Fue de muchos amigos Samuel. Supo ganarse la amistad de todo aquel que le trató. Ven, Marta, ven.

(Marta se recupera un poco. Pausa)

Pero enjúgate bien el llanto. Toma. Sécate.

(Le ofrece un pañuelo)

Que no te vea tu hijito así. Que no comprenda.

(Marta recuerda a su hijo y se deshace de nuevo en llanto)

¡Por favor, Marta! ¡Basta! ¡Basta ya de lágrimas! ¡Tienes que salir a atender a los que te vienen a ofrecer su pésame! ¿Quieres acaso que piensen que la mujer de Samuel es débil? No, ¿verdad? Samuel fue un hombre fuerte... moralmente. Y tú, tú debes seguir su ejemplo.

(Ha entrado Caifás, el Sumo Sacerdote. Se dirige lentamente hacia las mujeres. Es gordo, bajo y con espesas barbas grises)

MUJER

¡El Sumo Sacerdote, Marta: ¡Caifás! ¡Domínate!
(Marta no le hace caso)

CAIFAS

(A la Mujer)
Tú. Vete. Déjanos solos.

(La Mujer, haciendo las debidas reverencias, sale)

CAIFAS

Marta.
(Indiferencia de Marta)
¡Marta!
(Marta deja de llorar un poco)
¿Qué te sucede, Marta?

MARTA

Samuel, Excelencia. Ha muerto.

CAIFAS

Sí. Y a ti, ¿qué te sucede? ¿Por qué lloras?

MARTA

Samuel... mi esposo...

CAIFAS

Sí. Samuel ha muerto. ¿Y es por eso por lo que lloras?
(Gestos afirmativos de Marta)
Hija, sabe que todos los hombres mueren, tarde o temprano. Unos mueren de mañana, otros de noche, pero al día siguiente todos están muertos.

CAIFAS

Pero Samuel... Samuel era mi esposo... el padre de mi hijo. Y ahora, ¿dónde está?
(Llamándolo, hacia dentro)
—¡Oh, Samuel...!

CAIFAS

El también era hombre, y esto es un pecado que se paga con la muerte.

MARTA

No. El no tenía pecados. Era puro. El no merecía esto, Excelencia. ¡Oh! ¿Cómo pudo Dios quitármelo? ¿Cómo pudo hacerlo?

CAIFAS

No te lo ha quitado, Marta. Te lo ha puesto en otro sitio. En otro sitio infinitamente mejor que éste. En el seno de Abrahán, cerca de la gloria de Dios.

MARTA

Samuel no era un gran hombre, Excelencia. Fue, sencillamente, un hombre bueno. Para él nada había mejor que jugar con su hijo, terminadas las faenas del campo, y después dormir en cama limpia, o hablar conmigo...

(Se sorprende recordando y llora nuevamente)

Esto era, para él, lo mejor. El no era un gran hombre.

CAIFAS

No conocía nada mejor que esas cosas simples...

MARTA

(Sin ánimos de convencerle)

El era un hombre simple.

CAIFAS

No conocía aún nada mejor. Sin embargo, confiaba en que ahora...

MARTA

Ni lo conoce nadie; ni nadie está seguro de ello. Y hasta hay muchos que creen que detrás de esta vida no hay nada.

CAIFAS

Sí, los saduceos. Pero cuando no puede verse algo no sólo cabe que no exista. Cabe también que el ojo no lo vea, que no pueda comprenderlo el entendimiento. El aire, tú no lo ves, el aire, y sin embargo...

MARTA

Yo sólo sé que Samuel no se mueve; que está frío, que lloro y que no le importa. Que no está aquí, donde a él le gustaba estar, ¡donde mejor podía estar! Y que no veo que esté en otro sitio. Y Samuel no es aire: Era carne, tibio, dulce.

CAIFAS

Esté Samuel en donde esté, ya no volverá a morir, porque los muertos son inmortales. Y esto, de algún modo, es un consuelo, Marta.

MARTA

A mí ya nada puede consolarme, como no sea Samuel mismo. Quiero a Samuel, aquí.

CAIFAS

Aquí se muere, se sufre, Marta.

MARTA

¡Lo quiero aquí! ¡Aquí! —¿Cómo pudo Dios quitármelo? ¡Por qué me odia Dios así? El era puro, bueno. El no merecía esto.

CAIFAS

¡Basta de blasfemias, mujer! ¡Pon atención...!

(Entra un Muchacho, pero se queda inmóvil y mudo de respeto al ver a Caifás)

CAIFAS

Tú, ¿qué quieres, muchacho?

MUCHACHO

Me dijeron que Marta quería verme, Excelencia.

MARTA

(Viendo a Caifás, recelosa e indecisa)

Eh... ven más tarde.

(El Muchacho se aleja. Violenta transición de Marta que se limpia los ojos resueltamente)

¡No! ¡Ven! ¡Acércate!

(Lo hace el Muchacho)

¿Conoces a ése que llaman Jesús?

MUCHACHO

(Volviendo a ver a Caifás)

No. Yo no.

MARTA

(Enojada)

¡Se te ha visto seguirlo! ¿Conoces a ése que llaman Jesús?

MUCHACHO

(A Caifás)

Una vez le seguí, por curiosidad, pero no le conozco, Excelencia.

MARTA

Bien. Anda a buscarle y dile que una mujer desesperada quiere verle en casa de ella.

(Se quita alguna joya, algún collar)

Toma, dale esto. Para sus pobres.

MUCHACHO

(Mirando siempre de soslayo a Caifás)

No sé si podré encontrarle.

MARTA

Dicen que a estas horas acostumbra pasearse con sus discípulos por las laderas del monte. Corre, ve a buscarle inmediatamente.

(Sale el Muchacho. Pausa. Caifás la observa largamente)

MARTA

(No soporta y comienza de pronto a defenderse sin que se le reprochara nada abiertamente)

¡Ese hombre hace milagros, Caifás! ¡Resucita muertos!

CAIFAS

¿Lo has visto tú? No a él, sino a esos muertos que dicen ha resucitado.

(No recibe respuesta)

¿Les has visto tú, Marta?

MARTA

No. Yo no. Pero lo dicen. Todo el mundo dice que es el Mesías. ¡Todo el mundo lo dice, Caifás!

CAIFAS

¡Otro farsante que quiere explotar la miseria de nuestro pueblo! ¡No hemos visto al uno cuando ha aparecido ya el otro! Como si un mal viento los plantara de noche. Ultimamente fue aquel tuerto que no se dignaba ver el mundo sino con un solo ojo. Luego ese otro, Juan Bautista, disfrazado de camello. Y ahora este otro, Jesús. Farsantes todos, Marta. Cada uno de ellos.

MARTA

No me importa que sea farsante. Dicen que puede resucitar a los muertos.

CAIFAS

Y quieres que resucite a Samuel. ¿Es eso?

(Gesto afirmativo de Marta)

¿Crees tú que él podría? ¿Lo crees verdaderamente?

MARTA

(Resuelta)

Sí. Creo.

(Defendiéndose)

Le han visto, Excelencia. Todo el mundo lo comenta. Resucitó a un hombre llamado Lázaro, y a la hija de un jefe llamado Jairo. Lo ha hecho frente a centenares de gente.

CAIFAS

Oyeme, Marta. Yo te digo que no ha sido ese Jesús el que ha hecho los milagros, sino esos centenares de gente. La imaginación, la fe, las ganas de cada uno de ellos, pujando al unísono.

MARTA

¡Pues yo tengo la suficiente fe y ganas para resucitar a veinte muertos!

CAIFAS

No fue eso lo que quise decirte.

MARTA

(Sin haberlo atendido)

Y Samuel no está lejos... Todavía ayer por la mañana hablábamos de la salud de nuestros animales, y de cuál sería el remedio apropiado.

(Volviendo a ver su casa)

¡No está lejos! ¡No me sería difícil volver a traerlo aquí, con su mujer, con su hijo!

(Rompiendo a llorar de nuevo)

Porque yo no puedo vivir lejos de él.

CAIFAS

A la hora de haber muerto un hombre tiene siglos de estar muerto. Resignate, Marta, o te romperás la cabeza contra ese muro.

MARTA

(Recuperándose rápidamente)

¡O romperé el muro con la cabeza, porque no me resignaré nunca! Ya el mundo de por sí es inícuo para que vengan ahora esta soledad y este dolor a sentárseme encima. No merezco esto, Excelencia. No lo merezco. Ni Samuel tampoco. —¿Cómo pudo? ¿Cómo pudo Dios?

CAIFAS

¿Te has asomado bien a tu corazón para que digas así, que no mereces este castigo? ¿Es tan pura y sin pecado tu vida, y la de Samuel, para que pueda justificar esta actitud insolente frente a tu Creador? ¿Te has asomado bien a ese pozo, Marta?

MARTA

Asómate tú, Excelencia. Asómate tú y dímelo a mí. Yo no guardo secretos.

CAIFAS

(Desorientado)

De todos modos, aunque estuviera limpio tu corazón, eres hija de mujer, y como tal, has recibido en herencia los pecados de tus ascendientes.

MARTA

Mi padre fue pastor; mi madre, lavandera.

CAIFAS

¡Tu madre fue Eva, y Adán, tu padre! De ellos has heredado el pecado que se paga con la muerte. El que recientemente ha pagado Samuel. ¿Por qué te extraña entonces que se muera Samuel?

MARTA

Samuel y yo no tenemos que ver nada con Adán y Eva. Por qué vamos a pagar por sus pecados?

CAIFAS

¡Porque ellos fueron tus padres!

(Transición)

Escúchame, Marta, por favor. Ofendes a Dios de esta manera. Y a mí también me ofendes. Es posible que no puedas comprenderlo, pero Dios es justo; y si El ha dispuesto que Samuel muriera, puedes estar segura de que ha obrado con justicia.

MARTA

¿Que ha obrado con justicia? ¿Qué clase de justicia es ésa, que mata a Samuel, el hombre más bueno de la tierra, el más humilde? ¿Qué clase de justicia es ésa, Caifás?

CAIFAS

Justicia divina.

MARTA

Pues yo quiero la humana. La del hombre más inicuo de Jerusalén no me hubiera matado a Samuel. Tan joven él, tan bueno, tan pobre. Tú conocías a Samuel, Excelencia.

CAIFAS

Sí. Le conocía.

MARTA

Nunca hizo mal a nadie.

CAIFAS

Sí; lo sé.

MARTA

(Desafiante)

¿Y crees que es justo que muriera?

CAIFAS

(Esforzándose en creerlo)

Sí. Lo creo. Escúchame, Marta. Yo sé que tu dolor es grande, pero escúchame. En un principio el mundo era un paraíso. En su infinita bondad, Dios lo había creado para el hombre, para Adán y para Eva. Sólo les puso una limitación, les prohibió sólo una cosa; y he aquí que el hombre y la mujer cayeron en el engaño de la serpiente y cometieron pecado grave. Entonces los expulsó del paraíso con una espada de fuego y le dijo a Eva: "Parirás a tus hijos con dolor", y a Adán: "Te ganarás el pan con el sudor de la frente", y a los dos: "Y conoceréis la muerte". Esto, Marta, ¿es justo!

(Pausa)

¿Comprendes?

MARTA

No comprendo cómo pueda ser castigo parir al hijo. Antes bien, considero maldita la mujer que no ha gozado de ese dolor.

CAIFAS

Bien. Sí. Pero, ¿y lo de la muerte? ¿Comprendes eso?

MARTA

¡No! ¡Samuel no debió morir! ¡Eso fue injusto!

CAIFAS

Marta, Marta, yo sé que tu dolor es grande, pero mira sobre él; que no te ciegue. ¿No ves que no sólo tenemos que purgar el pecado de Adán? Como si ese fuera poco, hay muchos más en nuestro haber: Los de cada uno de nosotros y todos esos que nos caen de nuestros ascendientes: Los de los que quebrantaron las leyes de Moisés, los de los que se fabricaron ídolos de oro, los de Sodoma y Gomorra. Estos pecados nos caen encima, como piedras, y la muerte sobreviene necesariamente. Esto es justo, Marta. ¿Conoces tú la historia de Sodoma y Gomorra?

MARTA

Sí.

CAIFAS

Pues eres hija de aquella gente perversa, y en su pecado fuiste engendrada. Carga entonces con la responsabilidad de ser mujer, de pertenecer a la familia humana, y no niegues a tus padres. Este es el precio.

(Pausa)

¿O es que también tú quieres contribuir a agravar con tu rebeldía la culpa que has heredado? Tú tienes un hijo. ¿Quieres tú tirarle una piedra más, acrecentarle su tajada de dolor, su patrimonio de culpa?

MARTA

(Le han dado en su punto débil)

¿Mi hijo? No, Excelencia. ¡No! ¡No!

CAIFAS

Tu hijo pagará por cada una de tus palabras. ¿Es eso lo que tú quieres, Marta?

MARTA

¡No! ¡No!

CAIFAS

Soporta, entonces. Este es el precio.

MARTA

(Vencida ya)

Pero, ¿por qué tenía que ser Samuel, y no otro, el que muriera?

CAIFAS

(Comprende que ha ganado)

Los que no murieron ayer, morirán hoy. Pero mañana todos estarán muertos.

MARTA

¡Es un Dios terrible Jehová, Excelencia!

CAIFAS

Sí, Marta, es un Dios terrible, y vengador hasta el último ochavo. Pero tú le amas, ¿verdad?

(Débiles gestos, pero afirmativos, de Marta)

Entonces comprenderás cómo le ofendes al rebelarte contra su castigo, su justo castigo, Marta. Debes resignarte y sufrir la pena, y saber que la mereces. Debes aceptar la muerte de Samuel. Debes aceptar la vida, como es, sus dos caras.

MARTA

(Quiriendo de nuevo romperse en llanto)

Sí, sí, pero, ¿por qué pecó Adán? ¿Por qué Sodoma y Górra, y todo el pueblo de Israel y todo el mundo? ¿Por qué tuvieron que hacerme tan desgraciada?

CAIFAS

Arrepiéntete por ellos. Arrepiéntete de sus pecados. Ese es tu único consuelo. Aparte, claro está, de que el espíritu de Samuel vive ahora cerca de la gloria de Dios. Pero por lo que a tu dolor se refiere, sólo el arrepentimiento tienes de consuelo.

MARTA

¿Encima de todo esto he de arrepentirme? Samuel y yo no tenemos pecados, Excelencia; siempre fuimos...

CAIFAS

(Interrumpiéndola violentamente)

¡Los heredásteis! ¿O es que crees que Dios es injusto?
¿Es que tú crees eso, Marta?

(Débiles gestos negativos de Marta. Caifás la aborda ahora con dulzura)

Marta, yo amo a Dios con todas mis fuerzas, y por eso amo cuanto su mano, con infinita justicia, con infinito amor, ha hecho; y por eso sufro inmensamente cuando una de sus criaturas le quita el habla, o le mira con el ceño fruncido y el corazón oscuro, o critica la obra de sus manos.

(Pausa)

Sonríele, Marta. Sonríete.

MARTA

No... puedo.

(Pausa. Caifás guarda silencio dolorosamente. No se lo puede exigir de corazón)

CAIFAS

Sólo resignate entonces. Y sabe, por sobre todas las cosas, que Dios es justo.

(Marta llora, pero resignadamente. Ha entrado de nuevo el Muchacho, por la derecha)

MUCHACHO

¡Marta!

MARTA

¿Qué? Acércate.

MUCHACHO

Toma. No lo quiso.

(Le devuelve la joya)

Dijo que sus pobres eran ricos... o algo así.

MARTA

(Sin darle esa importancia que antes habría tenido para ella)

¿No quiso venir?

MUCHACHO

Sí. Está aquí, afuera, en el portal, esperándote.

(Marta mira por un segundo al Muchacho, extrañada; luego va a algún sitio desde donde pueda ver el portal, que se supone a la derecha, fuera de nuestra órbita visual)

MARTA

(La mirada fija en él, embelesada)
¿Aquél es?

MUCHACHO

Sí.

CAIFAS

¡Marta!

(Marta ni lo oye)

MARTA

¿Cómo le has encontrado tan rápidamente? ¡Si acabas de salir!

MUCHACHO

No sé... Venía por el camino.

MARTA

(Extrañada, pero sin poder quitar los ojos de Jesús)
¿Venía para acá, dices?

MUCHACHO

No. Yo no sé. Había mucha gente con él, pero les dijo que se fueran.

CAIFAS

(Con sorna, viendo a Jesús por un segundo)
¿Y no era éste a quien le gustaba hacer milagros frente a la gente? ¿Por qué les dijo que se fueran?

MARTA

(Sin poder quitar los ojos)
¿Pero venía por el camino? ¿Te parece que venía ya para acá?

(Pausa. El Muchacho mira a Caifás y no contesta. Caifás advierte en Marta un cierto brillo en los ojos y un movimiento inicial hacia Jesús)

CAIFAS

¡Marta! ¡Tu hijo!

(La dura voz de Caifás rompe el hechizo. Marta reacciona, vuelve a ver a Caifás y se desboca de nuevo en llanto)

MARTA

(Al Muchacho)

Dile... que ya no le necesito. Que se vaya.

(El Muchacho queda inmóvil, desconcertado)

CAIFAS

Anda, anda, muchacho. Dile que en este casa se respeta la voluntad de Dios. Que se vaya a otra parte con su charlatanería.

(El Muchacho sale por la derecha, desconcertado aún)

CAIFAS

(A Marta, con emoción)

El ojo de Dios está ahora sobre ti, Marta. ¡Gracias! Ven, vamos a velar el cadáver de Samuel, y a que acompañes a tu hijo. Ven.

(Salen los dos por la izquierda)

FIN DEL PROLOGO

Primer Acto

En las graderías del templo de Jerusalén, algunos días más tarde.

(Entran a escena un Sacerdote joven y tres fieles: uno con gorro, otro con joroba y un tercero muy flaco)

EL DE LA JOROBA

Peor está siendo éste. Ese año que dices tú también tuvimos langostas, es cierto, pero los graneros estaban aún llenos de la cosecha anterior.

EL DEL GORRO

Y el ganado. No hubo peste ese año, y el ganado no se podría vivo como ahora.

EL FLACO

Pues yo digo que peor fue aquel año.

EL DE LA JOROBA

Es la ira de Dios que se ha desatado contra nosotros, como dice el Sumo Sacerdote. La mano pesada de Dios. Nunca ha habido tantas desgracias como ahora. Por todas partes se ve el duelo y se huele a muerte. De noche es interminable el campanileo de los leprosos que bajan a la ciudad a buscar desperdicios. Es la ira de Dios, como dice Caifás, el Sumo Sacerdote.

SACERDOTE

Ciertamente. Y ya sabéis cuál es el único remedio que existe para tantos males: El arrepentiros... el enmendaros...

EL DE LA JOROBA

No es por nosotros. Dice Caifás que estamos pagando los pecados de toda la historia de Israel.

SACERDOTE

Tú eres Israel, Jacob.

EL DE LA JOROBA

No encontrarás tantos pecados en mi vida.

EL DEL GORRO

Sin embargo no tiraste tu piedra aquel día, cuando se juzgaba a la mujer adúltera. No la tiraste, Jacob. Yo estaba ahí detrás, mirándote.

SACERDOTE

¿Qué adúltera es ésa? ¿De qué habláis?

EL DEL GORRO

De una adúltera que íbamos a lapidar. La mujer de Melquí, el herrero. Pero en ese momento llegó ése que se hace llamar Jesús y dijo que tirara la primera piedra aquél que estuviera limpio de pecado. Y Jacob no la tiró.

EL DE LA JOROBA

¿Y tú? ¿La tiraste tú, acaso?

EL DEL GORRO

No, pero yo no digo que mi corazón sea puro. Por el contrario, me sé pecador y acepto estos tiempos malos como castigo a mi maldad. Aunque se esté muriendo todo mi ganado y ya sólo me reste una decena de reses flacas.

EL FLACO

¡Sacerdoté, haz callar a estos impíos que blasfeman incluso aquí, en las puertas del templo!

SACERDOTE

Es cierto. Calmaos. No es menester acalorarse así. —Pero, ¿por qué dices eso de blasfemar, Abías? Aquí no blasfema nadie.

EL FLACO

Blasfemar es creer que porque tenemos plaga de langostas y un poco de peste Dios nos castiga. Yo te digo que no merecemos ni el castigo de Dios.

EL DE LA JOROBA

Eso lo dices tú porque tu negocio de usura florece espléndidamente a costa de nuestra miseria. No, para ti no es un castigo, es una bendición.

(Al Sacerdote)

—Cobra por intereses la tercera parte de lo que presta, Sacerdote.

EL FLACO

No obligo a nadie a aceptar mi dinero.

EL DE LA JOROBA

¿Y eso te da derecho para explotar a los que acuden a ti obligados por la miseria?

SACERDOTE

Basta ya de gastar aliento en disputas sobre necesidades. Guardadlo para confesar a Dios vuestros pecados.

EL FLACO

Estos son unos necios, Sacerdote. La vida siempre ha sido así, dura de llevar. Siempre ha habido plagas de langostas y pestes y miseria. Y ese no es motivo para creer que Dios nos castiga.

EL DEL GORRO

Siempre ha habido todas estas cosas, es cierto; pero sí, no cabe duda de que la ira de Dios está sobre nosotros. Es la única razón por la cual podemos soportarlas en silencio.

SACERDOTE

(Sarcástico)

¿En silencio?

EL DEL GORRO

Sí. Por saberlas venidas de la mano de Dios como justo castigo, según dice el Sumo Sacerdote.

EL DE LA JOROBA

Yo estoy dispuesto a presentarme desnudo en medio de la plaza seguro de que no escandalizaría a nadie con mis pecados. No merezco esa hambre de mis hijos, pues. ¡Y esos campanilleos de noche, que no dejan dormir! ¿Cómo voy a merecer estas cosas? ¿Acaso he asesinado?

(Mirando al Flaco)

¿O robado?

EL FLACO

Que no mereces la vida, di. Porque la vida es esto, así.

EL DEL GORRO

Dice el Sumo Sacerdote que los pecados se heredan. Que no basta que un hombre muera para que se considere saldada su cuenta. Así lo dice. Que la heredan sus hijos, y luego los hijos de sus hijos. Tú lo oíste, Jacob.

EL DE LA JOROBA

Sí. Pero que me registren, y a mis padres, y a mis hijos, y que nos digan si merecemos esa despensa vacía.

EL DEL GORRO

¡Estás diciendo que Dios es injusto, Jacob! Porque es El quien dispone de todas las cosas.

EL DE LA JOROBA

No. Sólo digo que no merecemos estos tiempos.

EL FLACO

¡Blasfemia! ¡Blasfemia! ¡Y aquí, en las gradas del templo! ¡Sacerdote, es tu obligación hacer callar a esta gente!

SACERDOTE

¡Silencio, necios! ¡Ahí viene el Sumo Sacerdote! ¡Que no os oiga hablar así! ¡Callaos!

(Entran por la derecha, bajando del templo, Caifás y Marta. Ella trae en brazos a un niño dormido envuelto en una manta. Caifás ha podido oír la última parte de la conversación)

CAIFAS

(A Marta)

Vete a casa. No te olvides de seguir al pie de la letra las instrucciones de los médicos. Tu hijo sanará. Ya no mana de tu pecho aquella leche amarga con la que le amantaste el día que murió Samuel. Ahora se te ha vuelto dulce y mansa. ¡Sanará! ¡Tiene que sanar!

MARTA

(Resignada)

Sea ésa la voluntad de Dios.

CAIFAS

Esa es; yo te lo digo. Vete tranquila ahora.

(Marta sale)

CAIFAS

(A los fieles)

He ahí a una mujer dócil a la voluntad de Dios.

EL DEL GORRO

¿Quién? ¿La esposa de Samuel, el que murió la semana pasada?

CAIFAS

La misma. Sobre su corazón pesan más dolores que sobre el de todos vosotros juntos, y sin embargo no se queja. Se resigna y se atiene a la voluntad de Dios. Ahora es su hijo el que se le ha enfermado, pero no se lamenta, ni se rasga las vestiduras en señal de protesta. Ora a Dios, pide clemencia; no pone en duda su justicia.

(Con deliberada mala intención, pues de sobra lo sabía)

Y vosotros, ¿de qué hablábais?

SACERDOTE

(Sonriendo)

Precisamente, Maestro...

CAIFAS

Sí, lo sé. No hay en todo el pueblo de Israel uno que no diga: "Dios es injusto conmigo. Yo no merezco este dolor". ¿Era eso de lo que hablábais?

EL DEL GORRO

Yo les recordaba, Excelencia, que los pecados se heredan. Tú lo dices.

CAIFAS

Pero tú no lo has olvidado, ¿verdad?

EL DEL GORRO

No, Excelencia. Guardo escrito en mi corazón todo lo que dices.

CAIFAS

(Más afirmando que preguntando)

¿Tú no te quejabas de que tus reses están agusanadas?

EL DEL GORRO

Tú las has visto, Excelencia.

CAIFAS

(Enojado)

¡Yo no he visto más que corrupción en vosotros y maldad!
¡No son sólo las reses las que tenéis podridas! ¡Y sin embargo os estáis quejando como el prisionero que no tiene delitos! ¡Vamos, idos de aquí! ¡Pronto! ¡Marchaos! ¡Marchaos!

(Los fieles se retiran un poco atemorizados pero no se van del todo. Miran a Caifás con cierta rebeldía incipiente)

CAIFAS

Conozco esa mirada. Sé lo que están pensando.

(Viendo la de cada uno de ellos)

Es una mirada cruel, decidida, rebelde.

SACERDOTE

No, Maestro, hablábamos...

CAIFAS

Yo sé lo que hablaban y también lo que callaban. Los conozco mejor de lo que se conocen ellos mismos. —Bien. Bueno. Vamos a acusar a Dios. Nos atrevemos.

(A uno)

¿Verdad?

(A otro)

¿Eh? Sentémosle aquí, en este banquillo.

(Había uno por ahí, lo coloca)

Ya está sentado Dios aquí. Frente a vosotros.

(Con segundas intenciones)

—Señor, vienen a quejarse a Ti. No se irán hasta que no les respondas. Al parecer eres injusto. Todos los años hay pestes en este país. Mueren sus reses, sus mujeres, ellos mismos. Eres injusto, Dios. Te acusamos. Sí, es cierto, Tú hiciste el paraíso, le llenaste de flores, de animales mansos que miraban al hombre con sus grandes ojos inocentes, de riachuelos alegres, jóvenes, que serpenteaban entre los valles. Y todo era para estos. Pusiste todo tu cariño en la Creación, toda tu sabiduría. Y todo era para estos. Les prohibiste sólo una cosa. Pero ellos no tienen culpa de haber caído en el pecado, de haberse revolcado en él, como cerdos. Ellos no tienen culpa. No. Mírales.

Son inocentes. Fue la serpiente la que les indujo. Tú eres el injusto. Te rompieron el corazón, y Tú entonces les condenaste a la vida, a la muerte, la peste, la miseria. ¡Oh, qué injusto eres, Dios! Te rompieron el corazón y te lo mordieron. Pero, a pesar de eso, son inocentes, buenos, puros. Mírales, Dios. Mira a Abías.

(El Flaco baja el rostro)

Si baja el rostro es por pudor, porque es puro, como una doncella. Mira a Jacob. Mírales. Todos son puros, buenos, inocentes. Tienen derecho a preguntar, a obligarte a que te defiendas, tienen derecho a acusarte. Van a pasar, uno por uno, frente a Ti. Te van a acusar, Dios.

—Abías, tú primero.

(Abías hace mutis. Al del Gorro)

—Tú, entonces.

(El del Gorro hace mutis)

—Jacob, ¿tú?

(El de la Joroba no se mueve. Mira fijamente a Caifás, pero baja el rostro y también se va)

(Caifás queda en silencio, abatido. Se vuelve lentamente hacia el banquillo y detiene en él su mirada. De pronto tiene una mueca de asco en la cara y lo patea con odio. Se da cuenta de lo que ha hecho y deja caer la cabeza entre sus manos, meneándola)

CAIFAS

(Con dolor)

¡Oh!

SACERDOTE

¡Maestro...!

CAIFAS

Ellos tienen razón. No merecen esto.

SACERDOTE

¿Esto? No pasa nada, Maestro. Es un año como cualquier otro. Un poco más de peste, de miseria. Eso es todo. Pero la vida es así. Ellos mismos se dan cuenta.

CAIFAS

Esto, esto de morirse, de tener hambre, de comer carne infectada. Esto... que no tiene nada de raro, porque así es la vida. Así parece que la hizo Dios. Y sin embargo, Dios es justo. Pienso si no sólo se nos cobra los pecados de nuestros padres sino también los de los hijos que vamos

a tener. Porque... esto de morirse, Sacerdote, de desprenderse de un día y caerse hasta el fondo del tiempo... ¿Has visto tú un cadáver?

SACERDOTE

Sí. Muchos.

CAIFAS

¿Y... te parece... correcto... justo? ¿Comprendes que sea eso... justo?

SACERDOTE

Sí, Maestro. Y el día que no lo crea justo será porque piense que los hombres no lo merecen. Pero que no lo merecen porque la muerte no es una desdicha, sino, por el contrario, un estado de bienaventuranza infinitamente superior a lo que los hombres puedan merecer por sus dos días de sacrificio aquí en la tierra.

CAIFAS

¿La muerte? Te hablo de la muerte, de gusanos.

SACERDOTE

De la muerte del cuerpo, porque el espíritu continúa viviendo en el seno de Abrahán, en espera de que llegue el Mesías a llevarlo de la mano a la gloria eterna de Dios.

CAIFAS

Sí, sí, pero trata de explicar eso. Trata de explicarle a los hombres que esto de morirse es una cosa de provecho. Tú les hablas y les hables, y ya cuando crees que les tienes convencidos, ellos te muestran un cadáver, y entonces ya no tiene valor nada de lo que has dicho. Y les hablas de la justicia de Dios, y entonces te interrumpe un niño llorando de hambre, y uno no puede decir ya lo que iba a decir. Y además, que uno lo ha olvidado, lo que iba a decir. Con estas cosas frente a ti, ¿con qué argumentos vas a explicarles que Dios es justo? Y a los hombres hay que explicarles todo. Ellos no pueden creer sin comprender. Por eso esta generación maldita, blasfema. Y yo sufro porque no puedo cumplir mi misión de sacerdote, porque no puedo explicarles que a pesar de ese muerto y de ese niño, Dios es justo. Y yo sufro

(Le duele)

porque también soy hombre.

SACERDOTE

Uno no debe querer explicar los misterios, puesto que el entendimiento de los hombres es incapaz de comprenderlos. Deben aceptarles simplemente.

CAIFAS

Pero, ¿no te das cuenta de que para que acepten algo sin comprenderlo se necesita que antes comprendan que tiene que ser así, y que lo que tú me dices es una explicación?

SACERDOTE

No, no me explico nada. Creo con los ojos cerrados. Tú mismo me has dicho que es así como se va a Dios sin tropezar.

CAIFAS

Pero te he dado razones para que creas así. Y esas razones no le sirven ya a los hombres.

SACERDOTE

(Haciendo gestos negativos con la cabeza)

Por debajo de todo lo que me dices, creo con los ojos cerrados.

(Transición)

Tú mismo me has enseñado, Maestro.

CAIFAS

(Transige)

Bueno, sí, como quieras. Tú eres sacerdote. Tú puedes hacerlo. Pero los hombres no son como nosotros. Ellos necesitan comprender para creer.

(Transición)

Y nosotros mismos hemos de ser hombres de vez en cuando.

(Gestos negativos del Sacerdote)

Y de todos modos, tú, como sacerdote, tienes que defender a Dios frente a tanto muerto y llanto acusador. ¿Y qué vas a decir en su defensa?

SACERDOTE

Que creo.

CAIFAS

Pero a los hombres, ¿qué les vas a decir?

SACERDOTE

Que creo.

CAIFAS

Pero se trata de que crean ellos, que comprendan. ¿Y cómo les harás comprender si no lo comprendes tú mismo? Se trata de que comprendan que le deben a Dios obediencia y vasallaje. Yo soy sacerdote, Saúl, y creo, sobre todas las cosas; pero lo que te he preguntado es que si comprendes que la vida sea justa, que está hecha por un Dios justo. Si lo comprendes, como hombre, Saúl. Si lo puedes explicar.

SACERDOTE

Sí, Maestro. Pagamos así el pecado de Adán. Tú lo dices.

CAIFAS

¿Qué tenemos que ver nosotros con Adán? A veces pienso si no es ése un mito para darle a los hombres un sentimiento de culpabilidad, de manera que acepten las tribulaciones de la vida resignadamente. Un mito para presentarnos a Dios justo a toda costa, contra todas las apariencias.

(Transición)

Por lo menos es así como le empleo yo.

SACERDOTE

¡Maestro!

CAIFAS

Sí. Alguna clase de duda se ha apoderado de mí. Ahora lo sé. Le oigo de noche su trabajo de topo, su roer lento, llegándome ya, ya llegándome a donde me creía invulnerable. Y sin embargo, creo. Estoy convencido plenamente de que Dios es justo. Porque le amo. Estoy convencido plenamente en mi corazón de que Dios es justo aunque pasáramos mayores calamidades, aunque no tuviéramos ninguna recompensa por estos dos días de sacrificios como dices tú. Pero, ¿dónde está el pecado de esta terrible penitencia? Yo quisiera verlo, fundamentar mi fe, para obligar a estos impíos a que inclinen la cabeza.

(El Sacerdote quiere decirle algo)

No, no me digas que Adán. Es grotesco eso. Ni que nuestros pecados. ¿Qué pecado puede tener Marta para merecer la muerte de su esposo, y ahora la enfermedad de su

hijo? ¿Podrías decírselo tú a Marta? Tú conoces a Marta. ¿Podrías decírselo?

(El Sacerdote no contesta)

Yo se lo dije, pero me puse rojo de vergüenza.

(Entra un Hombre)

HOMBRE

¡Excelencia!

CAIFAS

¿Eh? ¿Qué quieres?

HOMBRE

(Receloso)

Vengo a hablar contigo.

CAIFAS

¿Conmigo? ¿Quién eres tú? ¿Cómo te llamas?

HOMBRE

Judas Iscariote.

CAIFAS

Bueno, ¿qué quieres?

(Judas no contesta. Caifás nota su recelo y le dice al Sacerdote, creyendo que se debía a su presencia)

—Anda, déjame solo con este hombre.

JUDAS

No, no. No importa.

CAIFAS

Bueno, pues, habla.

JUDAS

Habrás oído hablar de Jesús, el nazareno.

CAIFAS

(Con una sonrisa sarcástica)

¿Jesús? El último Mesías, ¿verdad?

(Gestos afirmativos de Judas)

JUDAS

Ha blasfemado contra la iglesia.

CAIFAS

¿Y qué ha dicho este Jesús?

JUDAS

Pues, entre otras cosas, que él podría destruir este templo y reconstruirlo en tres días.

(Caifás se sonríe con el Sacerdote)

Es tu deber castigar a este hombre que se hace pasar por el Hijo de Dios, por el Mesías.

CAIFAS

Sí, es mi deber. ¿Le conoces tú, a este hombre?

(Gestos afirmativos de Judas)

Pues dile que venga a verme.

JUDAS

¿Que venga a verte?

CAIFAS

Sí, claro. Yo le pondré una penitencia.

JUDAS

No has comprendido, Excelencia. Este hombre tiene soliviantado a todo el pueblo. Ha convencido ya a muchos, pero la mayoría se pregunta: "¿Por qué Caifás, el Sumo Sacerdote, no interviene para acabar con este charlatán?"

CAIFAS

Que comprenda el pueblo que el Sumo Sacerdote no puede perder su tiempo persiguiendo falsos profetas. Además, que yo conozco a este pueblo mío y sé que si los persiguiera sería peor, los harían mártires. Ahí está el caso de aquel Juan Bautista, muerto por Herodes. Ahora todos le tienen por profeta.

JUDAS

Entonces, ¿le dejarás que siga blasfemando impunemente?

CAIFAS

Comprendo tu celo, hijo, y tu piadosa preocupación, pero créeme: no se puede hacer nada. Sí, yo tomaría mis medidas, si surgieran de vez en cuando, cada mes, pero surgen ya todos los días. Y es que la miseria es un gran abono, y la imaginación del hambriento siembra hasta en el agua, para que le sepa a vino, y hasta en el higo, para que le sepa a carne.

JUDAS

Pero éste es más importante. Este hace milagros.

CAIFAS

Sí, lo sé. Resucita muertos. Eso dicen. Pero, ¿por qué te has empeñado en que se castigue a este hombre? ¿Te ha hecho acaso algún daño?

JUDAS

(Desconcertado)

No, a mí no.

CAIFAS

Bueno, eh... Judas, y en resumidas cuentas, ¿qué quieres?

JUDAS

Te lo he dicho ya, Excelencia: Que se castigue a ese hombre. No estarás solo, el gobernador romano te ayudará, pues también ha blasfemado contra el César. Y todo el pueblo estará contigo; está ya cansado de tanto falso profeta. Todos quieren que se castigue a éste severamente, para escarmiento.

CAIFAS

(Perdiendo la paciencia)

Bueno, bueno. Lo pensaré. Ahora vete. Déjanos solos.

JUDAS

Es que yo puedo ayudarte, Excelencia.

CAIFAS

¿En qué puedes tú ayudarme?

JUDAS

Yo podría entregarte a este hombre.

CAIFAS

¿Por qué? ¿Es que este hombre anda armado? ¿Es que hay algo que me impida ir a él simplemente y cogerle?

JUDAS

No. Pero yo podría señalártelo. Sólo quiero a cambio una pequeña remuneración.

CAIFAS

¿Remuneración? ¿Dinero quieres por hacer lo que cualquiera de la calle haría con pedírselo solamente?

JUDAS

Sólo quiero treinta monedas de plata. No es mucho.

(El Sacerdote sonríe y vuelve a ver a Caifás. Este comprende pronto y suelta la carcajada)

CAIFAS

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Ya caigo en la cuenta. ¡Treinta monedas de plata! Como lo profetizan las Escrituras, ¿no es eso?

JUDAS

No entiendo. Yo sólo...

CAIFAS

Tú sólo quieres que yo te dé treinta monedas de plata por entregarme a ese hombre. Sabéis que hay una profecía de los Salmos, o de Jeremías...

SACERDOTE

Sí. De Jeremías.

CAIFAS

...de Jeremías, según la cual se entregará al Mesías por esa cantidad, y os habéis puesto de acuerdo para cumplirla con este... Jesús. Para hacerlo pasar por el Mesías. ¿No es eso?

JUDAS

No te entiendo, Excelencia.

CAIFAS

Dime, ¿y cómo me lo señalarías? ¿Acaso con un beso?

JUDAS

(Desconcertado)

Bueno. Sí.

CAIFAS

(Transición)

Debes de querer mucho a ese hombre, para sacrificarte así por él, ¿verdad? Porque supongo que conocerás el resto de la profecía.

JUDAS

¿Quererlo yo? No. No me has comprendido. Yo sólo quiero que se le castigue. No es mucho, treinta monedas de plata.

CAIFAS

(Sondeándolo)

¿Y si te doy cincuenta?

JUDAS

Treinta bastarían, Excelencia.

CAIFAS

Sí, hombre, sí. Te comprendo. Lo siento. No vas a creer que me voy a hacer cómplice de lo que pretendéis.

(A sí mismo)

—¡Venir a proponérmelo a mí! ¡Atreverse a tanto estos...!

(A Judas, incrédulo)

—Dime, ¿y ese hombre está dispuesto a morir, como dicen las profecías?

(Judas no contesta. Caifás interpreta su silencio como una tácita afirmación. A sí mismo)

—¡Extraño pueblo el mío ciertamente! —Bueno, ¡vete! ¡Vete ya! ¿O qué es lo que te has creído?

(Mutis de Judas)

CAIFAS

(A sí mismo)

—¡Extraño pueblo el mío!

(Queda meditando. Luego, a Judas, que ya había salido)

—¡Oye! ¡Tú! ¡Ven acá!

(Judas regresa, esperanzado)

CAIFAS

Acércate. Acércate, no tengas miedo.

(Judas lo hace, tímidamente)

¿Y dices que ha convencido a muchos?

JUDAS

Sí, Excelencia. A muchos.

CAIFAS

Luego tiene el don de la palabra.

JUDAS

¡Oh, sí! ¡Habla muy bien!

CAIFAS

Y de... compostura, de ... apariencia, ¿qué tal es?

JUDAS

Muy hermoso, Excelencia.

CAIFAS

Yo lo vi una vez de lejos. Creo que también es alto, ¿verdad?

(Recordar que Caifás es bajo)

JUDAS

Sí, Excelencia.

CAIFAS

Y en este hombre, ¿se han cumplido las profecías? Quiero decirte, ¿si se puede acomodar su vida a las profecías?

SACERDOTE

(Sonriéndose sarcásticamente)

La de todos ellos, Maestro.

(Caifás no le hace caso)

JUDAS

Sí, Excelencia. Es una extraña coincidencia.

CAIFAS

¡Ya veo cómo!

(Transición radical. Sumido profundamente en sí mismo)

Pero, dime, ¿hay quien de veras le cree el Mesías?

JUDAS

Sí. Hay muchos. Todos los días se le unen más.

(Pausa. Caifás queda pensativo)

Naturalmente, son sólo los pobres y los...

CAIFAS

(Con voz de trueno)

¡No me interrumpas!

(Pausa larga. Sigue cavilando. Luego resuelto repentinamente, pero no del todo)

Bien. Muy bien. Muy bien. Sí. Dile a ese Jesús que irá a prenderle mañana por la noche. Quiero preparar antes al sanhedrín, pero con los ánimos exaltados por motivo de la Pascua creo que será fácil. No. Pasado mañana mejor. Sí.

(Transición. Alegre. Así mismo)

—¡Sí, sí! ¡Este es! ¡Este es!

(Pausa. Una alegría secreta le ilumina el rostro. La goza él solo. Luego, a Judas, grave, seguro ya, pero mirándolo sólo de vez en cuando)

—Dile que esté en el monte de los Olivos, pasado mañana, por la noche, en esa granja llamada Getsemaní. Ven a buscarme e iremos a prenderle con algunos soldados y fieles. Tú le besarás, como está escrito, y te daré las treinta monedas en público, para que vea el pueblo que la profecía se ha cumplido. Lo haremos todo según las profecías. Ahora vete. Dile que esté listo para pasado mañana, en el sitio que te dije.

(Judas lo mira, extrañado)

JUDAS

(Recluso siempre, sin comprometerse a nada realmente, sale haciendo las debidas reverencias)

Sí, Excelencia. Sí.

CAIFAS

(Al Sacerdote)

Ven. Quiero repasar, punto por punto, todas las profecías de las Escrituras sobre el Mesías. Necesito estudiarlas detenidamente.

SACERDOTE

Perdóname, Maestro, estoy un poco desorientado.

CAIFAS

Te explicaré otro día. Ven, vamos a estudiar.

(Mutis por la derecha. Suben al templo)

FIN DEL PRIMER ACTO

Segundo Acto

Días más tarde, en el palacio de Pilatos.

(Entran Pilatos y Caifás)

PILATOS

No te comprendo, Caifás. He mandado ya a azotar a ese pobre hombre. ¿Qué más quieres?

CAIFAS

Quiero que le crucifiques.

PILATOS

Pero, ¿por qué? ¿Qué delito ha cometido para que merezca la pena de muerte?

CAIFAS

Ha blasfemado contra la iglesia, y contra el César.

PILATOS

(Sonriéndose sarcásticamente)

Creo que el César le perdonaría. ¿No puede la iglesia hacer otro tanto?

CAIFAS

Bien. Pero yo no soy la iglesia. Soy su más humilde siervo. Es mi pueblo, y el pueblo quiere hacer del castigo de este hombre un ejemplo para los falsos profetas.

PILATOS

Caifás, aquí estamos solos. Yo sé que tú eres el nervio de tu pueblo, y que tú le has levantado de esta manera. ¿Qué te propones?

CAIFAS

Lo he dicho ya: Dar un ejemplo. Son tantos los falsos profetas que hay hoy en día que urge exterminarlos de una vez para que no nos impidan ver al verdadero Mesías cuando venga.

PILATOS

(Sarcástico)

¿El Mesías? Bueno, en fin. Pero yo a este pobre hombre no le puedo matar por tus motivos religiosos solamente.

CAIFAS

No soy yo, Pilatos. Es mi pueblo. Ayer se reunieron los ancianos, los escribas y todo el sanedrín, y reo de muerte lo encontraron. Es mi pueblo, no yo.

PILATOS

Pero tú, como Sumo Sacerdote, debes aconsejar a tu pueblo. Que no cometa una injusticia con ese hombre.

CAIFAS

Nada puedo hacer yo para que mi pueblo no vea en ese hombre...

PILATOS

(Trasición, por fin)

¡Tu pueblo! ¡Tu pueblo! ¡Si es así, que le juzgue él, que le juzgue tu pueblo entonces!

(Firme)

¡Pero te prohíbo que influyas! ¡Estás advertido, Caifás! No quiero pensar que es por envidia por lo que te has empeñado en matar a este hombre. Ven.

(Inician el mutis)

CAIFAS

Tampoco yo quiero pensar, Pilatos.

PILATOS

(Se detiene)

¿Qué cosa? ¿Qué es lo que no quieres pensar?

CAIFAS

(Con disimulo, sin declararse hostil abiertamente)

Pues... aquello vuestro de "divide y vencerás". Que no quieres matar a este hombre porque sabes que está divi-

diendo la única unidad que le resta al pueblo judío: su religión. Qué te puede importar la suerte de ese lunático blasfemo.

PILATOS

(Cae en la cuenta, o por lo menos así lo cree)
¡Ah, ya...! Pero, ¿eres tú tan inocente que crees que a Roma le importa tanto esta tierra, o que necesita vencerla aún?

CAIFAS

No. Es cierto. Ya lo ha hecho. Materialmente al menos.

PILATOS

¡Ajá! ¡Conque esto era! ¿Así es que tú crees que no le quiero matar para que siga dividiendo esa unidad... espiritual de la que hablas?

(Caifás no le contesta para hacerle creer que ha dado en el clavo)

¿Y tú no puedes comprender lo que significa para un romano la ley, aunque se trate sólo de un lunático?

(Caifás no contesta)

Pero, lo dicho, Caifás: Dejaré que tu pueblo le juzgue. Está la situación demasiado tirante para que la agrave yo contrariando la voluntad de tu pueblo, y me niego terminantemente a poner el derecho romano al servicio de la religión judía. Voy a dejar que le juzgue él, tu propio pueblo, pero, ¡te repito: te prohibo que influyas! Ven, vamos. Haré que le traigan.

(Salen los dos. Casi inmediatamente vuelve a entrar Caifás con el Sacerdote)

CAIFAS

(Mirando hacia atrás, hacia donde ha dejado a Pilatos)

En seguida voy, Gobernador, en seguida.

(Transición. Al Sacerdote)

—Pon atención: Ve abajo y hostiga a la gente para que le crucifiquen. Y haz que los demás sacerdotes hagan lo mismo. Diles que es una orden mía. Que así lo quiero yo.

SACERDOTE

Sí, Maestro, pero, ¿por qué le das tanta importancia a ese hombre? ¿No te das cuenta de que estás ayudándole en sus propósitos de hacerse pasar por el Mesías?

CAIFAS

¿Que si no me doy cuenta? ¡Imbécil! Eres tú el que no se ha dado cuenta de los propósitos míos. En realidad son ellos los que me ayudan a mí.

(El Sacerdote no comprende. Caifás lo lleva del brazo más lejos, hacia la derecha, donde corra menos peligro de que lo oigan)

Voy a matar a este hombre, tal y como profetizan las Escrituras que morirá el Mesías. Como lo profetizó David: Crucificado. Después le haré pasar por el Mesías. Quiero darles un remordimiento tan grande a esos pobres que gritan allá fuera que alcance para cada uno de ellos y aún sobre para los por nacer, y que cada uno sienta en sus manos sangre divina y la huella de un martillo deicida. Quiero hacerles que se sientan culpables y acepten la vida como castigo, sin lamentaciones, cómodamente, porque es más llevadero el dolor merecido del que se sabe culpable que el del que se cree inocente. Quiero hacerles este favor. Que ya nadie dude de su justicia. Porque, ¿cómo podrán los hombres quejarse de la injusticia de Dios, si ellos juzgaron injustamente a su Hijo? Anda, ve, ¡hostiga! Haz lo que te digo. ¡Siembra!

(El Sacerdote se le rebela con la mirada. No quiere ir)

¿Qué pasa? ¿Es que no comprendes que estamos trabajando en el servicio de Dios? ¿Que tu misión como sacerdote es la de acercar los hombres a Dios?; pero que vayan de rodillas, humildes, a pedir perdón, no a criticar la obra de sus manos insolentemente, como lo hacen, diciéndole: "Señor don Dios, ¿por qué la peste, el hambre, la enfermedad, mis vacas, la muerte de mi esposo? ¿Por qué esto, por qué esto otro? ¿Por qué? ¿Por qué, señor don Dios? ¿Y para hacer esta miseria te duraste siete días?" ¿Comprendes ahora, Sacerdote, que tenemos que asestarles un golpe

(Dádoselo en la palma de la mano)

en plena conciencia, para que los aplaste y los postre de rodillas? ¿Comprendes ahora?

SACERDOTE

Eso lo lograbas tú, Maestro, predicando sobre Adán y Eva.
¿A cuántos no les has ya...?

CAIFAS

Sí, ¿a cuántos? Puedo contarlos con mi mano. Los hombres de esta generación ya no comprenden las Escrituras. Esas están terminadas. Fueron escritas para poner de manifiesto la justicia y el poderío de Dios a hombres de hace más de mil años, distintos a nosotros. Ahora es menester escribir una segunda parte.

SACERDOTE

Maestro, tú mismo dices que la palabra de Dios es sólo una.

CAIFAS

Sí, una. Una, pero cuando está adentro de nosotros. La que nos dice que Dios es todopoderoso e infinitamente bueno y justo; pero para llegar adentro tiene primero que pasar por el entendimiento, por la oreja; tiene primero que amoldarse a las capacidades de la oreja con distintos ropajes e idiomas. Y la oreja de esta generación no entiende el habla con que se hizo evidente a los antiguos la justicia y el amor de Dios. Pregúntale a una mujer de hoy, a Marta, por ejemplo, si entiende eso de que parir a los hijos con dolor es una maldición. Pues ahora vamos a usar un idioma que la oreja de los hombres de esta generación entienden. Vamos a decirle a los hombres que ellos han asesinado al Hijo de Dios, y que esto merece un castigo: la vida, la muerte, la miseria. De este modo aceptarán estas cosas sin chistar, pues habrán comprendido que es lo justo. Estos ya saben lo que es un hijo. Comprenderán. No son como aquellos primitivos semi-salvajes que consideraban una maldición sufrir al hijo. Comprenderán. Y esto es muy importante, porque ellos necesitan comprender.

SACERDOTE

El entendimiento de los hombres, Maestro, no puede pretender...

CAIFAS

Pero es que aun para creer sin comprender, eso... de creer sin comprender, lo tienen que comprender antes. Tú no lo ves así porque eres sacerdote, Saúl; tú crees solamente y no te preocupas por comprender. Pero no todos habrán de ser como nosotros. El entendimiento de ellos tiene manos, y pide, golpea sobre la mesa, exige. Y tie-

ne una boca hambrienta a la que urge condimentarle, acondicionarle el alimento, porque tiene dientes también. También tiene dientes, Saúl.

(Transición)

Si fuéramos pájaros, yo hablaría de Dios por medio de plumas y de trinos. Pero somos hombres. Vamos a hablar en hombre entonces: ¡con sangre! Ve. Haz que me maten a ese hombre. Lo primero que tenemos que decirles es que Dios es infinitamente justo, para que duerman tranquilos confiando en El. Ve. Y no te preocupes. Yo no estoy improvisando esto. Lleva largos años fermentándose en el corazón sin que me diera cuenta. Ve. Haz lo que te digo.

SACERDOTE

Sí, Maestro. Tú sabes lo que haces.

CAIFAS

Sí, yo sé lo que hago.

(El Sacerdote inicia el mutis)

¡Ah, mira! Lo más importante. Si logramos crucificarle, los romanos querrán hacerlo al amanecer, según es costumbre, pero haz que la gente insista en que se le crucifique hoy mismo, esta misma tarde. ¿Comprendes? Que griten eso.

(Observando el cielo por una ventana)

He observado el cielo y creo que se avecina una tormenta. Y es muy importante, pues está escrito que el día se oscurecerá. ¿Has comprendido? Esta misma tarde.

SACERDOTE

Sí, Maestro.

CAIFAS

(Transición)

Dime, ¿has visto a Marta entre la multitud?

SACERDOTE

Sí, Maestro. Todos han respondido a tu llamado.

CAIFAS

Bien. Muy bien. Muy bien. Ve, ahora. No se te olvide nada de lo que te he dicho. Y grita. Por primera vez en tu vida, grita.

SACERDOTE

Sí, Maestro. Tú sabes lo que haces.

CAIFAS

Sí, yo sé lo que hago.

(Mutis del Sacerdote)

CAIFAS

(Solo)

Posiblemente nunca nadie lo sabrá, pero yo sí lo sé.

(Alzando el rostro)

Y tú también, Dios mío.

(Caifás queda orando en silencio. Entra por la izquierda un ruido de multitudes. Primero es un lejano murmullo más o menos uniforme, como el de un mar, pero se va acercando rápidamente hasta desarticularse en gritos formando un estrépito ensordecedor. Entra un Centurión)

CENTURION

Caifás, Pilatos te espera.

CAIFAS

Sí, ya voy; ya voy.

(Salen los dos. Salvo las veces que se indiquen, la escena quedará totalmente vacía durante todo el proceso de Jesús, pero las voces se oirán claramente)

CENTURION

(Su voz)

¡Silencio! ¡Silencio! ¡Pilatos va a hablaros!

(Se oyen aclamaciones, vivas al César, a Pilatos y a Caifás)

¡Silencio!

(Se hace el silencio)

PILATOS

(Su voz)

Y bien, ¿de qué se le acusa a este hombre?

(Estrépito)

CENTURION

(Su voz)

¡Silencio!

(Se hace el silencio)

CAIFAS

(Su voz)

Pilatós, hemos hallado a este hombre amotinando a nuestra gente y diciendo que él es el Mesías. Lo juzgó Herodes ya. Ayer se reunió el sanhedrín para juzgarle y se le ha encontrado culpable.

PILATOS

(Su voz)

Si ya le habéis juzgado, castigadle vosotros entonces.

CAIFAS

(Su voz)

Reo es de muerte, y sólo los romanos tienen autoridad para llevar a cabo tal sentencia. ¡Crucifícale, pues!

GRITOS

¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

PILATOS

(Su voz)

¡Caifás, desde aquí veo cómo tus sacerdotes hostigan al pueblo! ¡Ordena que dejen de influir en él o no será Jesús el que se juzgue aquí!

(Estrépito ensordecedor)

(Entran a escena Pilatos y el Centurión)

PILATOS

¡Malditos judíos estos!

CENTURION

No conviene llevarles la contraria, Señor. A los locos y a los niños hay que darles la razón siempre.

PILATOS

Si no estuvieran tan tirantes nuestras relaciones con estos bárbaros yo les enseñaría lo que es la ley romana.

(Nervioso por los gritos que continúan)

Anda, ve, apacígualos. Haz que callen.

(El Centurión inicia el mutis)

No. Es inútil. Ve a traerme una jarra de agua. Nadie podrá decir que Pilatos condenó a un justo.

CENTURION

(Extrañado)

¿Una jarra de agua, Señor?

PILATOS

(Agrio)
¡Sí, una jarra de agua! ¡Obedece!

CENTURION

Sí, Señor.

(El Centurión sale por la derecha. Pilatos por la izquierda)

PILATOS

(Su voz)
¡Silencio!
(Se hace el silencio)
¡Que traigan a mí ese hombre!
(Pausa larga)
Ahí, ahí está bien. Soltadle. —Nazareno, ¿qué tienes que decir a todo esto?
(Larga pausa de silencio)
¿Qué dices en tu defensa?
(Pausa)
¿Te has empeñado en morir?
(Pausa)
¡Nazareno, responde, contigo estoy hablando! ¿Eres tú el Mesías?
(Pausa)

JESUS

(Su voz serena)
Tú lo has dicho.
(Estrépito)

PILATOS

(Su voz)
¡Silencio! ¡Guardad el orden o se termina aquí el proceso!
(Se hace el silencio)
Es costumbre vuestra perdonar a un reo en esta fecha de Pascua. Ahora bien: Todos conocéis a Barrabás, el asesino. ¿Queréis que os suelte a Barrabás...

VOCES

(En voz baja)
¡No! ¡No!

PILATOS

(Su voz)
...o a este hombre? ¿Qué preferéis?
(Rumores de indecisión. De pronto se oye clara la voz del Sacerdote, secundada después por todos)

SACERDOTE

(Su voz)
¡A Barrabás! ¡Suéltanos a Barrabás!

TODOS

(Sus voces)
¡Barrabás! ¡Barrabás!

PILATOS

(Su voz)
¿Y con éste, con Jesús, qué queréis que haga?

TODOS

(Sus voces)
¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

PILATOS

(Su voz)
Yo no encuentro delito..
(Los gritos de "crucifícale, crucifícale" no lo dejan hablar)
¡Yo no encuentro delito...!
(Es inútil, ahogan su voz)
(El Centurión había ya cruzado la escena llevando el agua)

CENTURION

(Su voz estentórea)
¡Silencio! ¡Silencio!
(Se hace el silencio)

PILATOS

(Su voz)
¡Me lavo las manos de la sangre de este justo!

CAIFAS

(Su voz)
¡Lávatelas, Pilatos! ¡Que su sangre caiga sobre nuestras
cabezas y sobre las de nuestros hijos!
(Aplausos)

PILATOS

Centurión, llévate a este hombre y que le crucifiquen
mañana al amanecer, junto a los otros dos sentenciados.

(Gritos aislados primero; después, secundados por todos)

ALGUNOS

(Sus voces)
¡No! ¡Crucifícale hoy! ¡Hoy!

TODOS

(Sus voces)
¡Hoy! ¡Hoy! ¡Hoy!

PILATOS

(Su voz)
¡Bueno, crucifíqueme ahora! ¡Pero idos de aquí ya, todos!

(Algarabía desenfadada afuera, alejándose poco a poco. De vez en cuando se puede distinguir algún viva al César, a Pilatos y a Caifás, pero ya no al unísono como al principio, sino mezclado con risas y gritos desordenados. Entra Pilatos apresuradamente y atraviesa la escena. Luego, Caifás)

CAIFAS

¡Gobernador!

(Pilatos vuelve a verlo. Lo mira con desprecio por un segundo y luego sigue su camino sin hacerle caso. Mutis por la derecha. Caifás sonríe. Entra el Sacerdote)

SACERDOTE

(Con un cierto rencor)
¿Ha salido todo bien, Maestro?

CAIFAS

(Estaba distraído)
¿Ah? Sí, sí. Muy bien.
(Transición)
Y tú, te has portado magníficamente. Estoy orgulloso de ti. Te oí cómo gritabas.

SACERDOTE

(Humilde)
Hice cuanto me ordenaste, lo mejor que pude. No es de mi carácter gritar, Maestro.
(Vivamente)
¡Pero...!

CAIFAS

Sí, lo sé, hijo.
(No, no lo sabe, pero el Sacerdote renuncia ya a decírselo)
Sin embargo lo has hecho magníficamente bien. Ahora que has estado entre esa chusma, ¿comprendes ahora?

SACERDOTE

Sí, Maestro.
(Se anima otra vez)
Pero, ¿estás seguro que Dios necesita de estos engaños

para ganarse la buena voluntad de los hombres? ¿Estás seguro? Yo no puedo dejar de sentirme como blasfemo, Maestro.

CAIFAS

Dios no necesita de estos engaños, ni de nosotros, ni de nada. Somos nosotros los que tenemos que ir a El, y cualquier camino es bueno, con tal de que lleguemos postrados, humildes y a pedir perdón, ya que está visto que no podemos ir a darle las gracias por esta vida miserable. Y los hombres se postrarán cuando crean que han matado al Hijo de Dios. Se postrarán, estoy seguro; y no cesarán de repetirse:

(Golpeándose el pecho en un mea culpa)

“Por mi culpa. Por mi culpa”, aun cuando lluevan truenos sobre ellos. No te sientas blasfemo. Todo lo contrario. Nunca has hecho más por la gloria de Dios que ahora.

SACERDOTE

Pero si creen que éste ha sido el Mesías, ¿cómo harán para reconocer al verdadero, cuando venga a fundar su Reino?

CAIFAS

¿El verdadero Mesías? Hijo, te vuelvo a repetir lo del ropaje. Ahora estoy seguro que el Mesías es un mito: Una manera de vestir la palabra de Dios para que la comprendamos, o hacérsola evidente al menos, para mostrarnos a Dios justo. Una manera de disculpar esta pobre vida con la esperanza de su llegada.

SACERDOTE

(Hondamente oprimido)

¿El Mesías un mito? ¿Y los que le esperan del otro lado de la muerte? ¿Los que estaremos ahí esperándole?

CAIFAS

(Grave)

Ahora sí, Sacerdote: Cierra los ojos, y ama a Dios más que a ti mismo. El es justo, a su manera, de alguna forma. Confía.

SACERDOTE

(Para sí mismo casi)

¿El Mesías un mito?

CAIFÁS

Sí. Un ropaje, un condimento, un acondicionamiento de la palabra de Dios para que pueda captarla nuestra oreja y nuestro entendimiento. La palabra de Dios es... como el aire, como el aliento vivo del bosque al amanecer, que de tan puro y limpio no se le puede ver. Pero al medio día, cuando han hecho el aire turbio, entonces sí se le ve. Así la palabra de Dios, pura, limpia, transparente, invisible, cuando está incontaminada del polvo y la mentira. El mito del Mesías es el polvo que han levantado los pies de los hombres buscando a Dios. Pero nos aprovecharemos de ese mito, porque los hombres no están preparados todavía para desatender a la esperanza, ni para oír ese sonido puro, esa verdad de Dios, desnuda. Inténtalo tú, si quieres, un momento, cuando reces. Prueba tú la palabra cruda de Dios tal y como florece en los bosques y comprenderás que es de un sabor que no soportaría el paladar de esta generación. Pero inténtalo tú, si quieres, un día que reces o que te pasees por el bosque.

(Pausa)

¿Te extraña, verdad, que yo te diga todo esto?

SACERDOTE

Tú has sido mi maestro desde hace años. Desde que vine a ti tú me has enseñado a orar en el templo, y ahora...

CAIFÁS

Sí, lo sé; ahora te digo que debes orar en el bosque, en cualquier parte. Tú has venido a mí a que yo te guíe, a que te conduzca bajo esos oscuros simbolismos de las Escrituras, y te encuentras con que yo te invito a orar en el bosque, y con que te digo que Dios está ahí, al aire libre. Lo está en todas partes. Sólo que, hijo, de una manera cruda, directa, limpia, no acondicionada para el entendimiento estrecho de los hombres por el mito y el simbolismo de las Escrituras. Pero quiero que lo intentes, que veas a Dios cara a cara, porque se te va a confiar una misión muy importante. Se te ha confiado ya, mejor dicho.

SACERDOTE

Tú eres mi maestro, Maestro. Yo intentaré seguir tus pasos.

(En voz baja, terrible)

¡Pero te hago responsable!

CAIFAS

Bueno. Sí. Pero sígueme en este engaño, Saúl. Por él vamos a pastorear a los hombres camino de Dios.

SACERDOTE

¿Y cómo se convencerán de que este nazareno es el... de que es el...?

(No puede decirlo)

—¡Dios mío! ¡Perdón!

CAIFAS

Habla.

SACERDOTE

¿Cómo se convencerán de que este nazareno es el... Hijo de Dios?

(Caifás sonríe)

Si vieras como le están tratando.

CAIFAS

Se convencerán, porque están hambrientos, y este bocado, todo lo amargo que quieras, es del tamaño justo de su boca. Y les hará bien. Les sentará bien.

(No quiere discutirlos)

Hay muchas razones. Muchas cosas. Además, porque estamos cumpliendo todas las profecías, paso a paso. Y además, porque tomaremos nuestras medidas para que no tarden en convencerse.

(Pausa. Transición)

Mira, acompaña a la gente. Dile a todos los judíos que se abstengan de poner la mano sobre Jesús. Que sean los romanos los que le crucifiquen. Quiero que también sobre ellos caiga la sangre del Hijo de Dios. Hay la suficiente para todos los hombres de la tierra. Y aun para cada uno de esos que no ha nacido todavía, hay una gota esperándole. —Y es una sangre que no se limpia con agua, Pilatos. No con agua. —Vamos.

(Inician el mutis)

SACERDOTE

¿Vienes con nosotros?

CAIFAS

No. Voy a dar una vuelta... para pensar. Te veré después, en el templo. Y ánimo, Saúl. Confía.

(Salen)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

CAIFAS

¿Y...? ¿Han obedecido mis instrucciones? ¿Se han abstenido de tocarle, los judíos?

SACERDOTE

Sí.

CAIFAS

¿Son los romanos los que le crucifican?

SACERDOTE

Sí.

CAIFAS

(Alegre por dentro repentinamente)

¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Excelente!

(Vuelve a asomarse a la ventana)

¡Si sólo lloviera ahora! ¡Si se oscureciera de pronto! ¡Y esta mañana, que parecía...! Va a resultar inútil el haber insistido en que se le crucificara hoy. —¡Vamos, nubes, vamos; apretaos, revolveos, estallad de una vez!

SACERDOTE

Está el cielo despejado, Maestro. No creo que llueva.

CAIFAS

Sí, sí; pero los pájaros han volado durante todo el día a ras de tierra, y las nubes son contrarias al viento. Y hay algo extraño, tenso, que carga el aire.

(Pujando)

—¡Vamos, nubes, vamos! —Mira, mira aquella de allá, que viene. Si se apresurara quizá llegara a tiempo.

(Transición. Se vuelve al Sacerdote)

Bien, sólo nos queda esperar ahora, y rogar a Dios con todas nuestras fuerzas. Creo que...

(Se apercibe al fin de que el Sacerdote lloraba)

¡Pero tú has estado llorando!

(El Sacerdote se cubre la cara con las manos)

(Entra un murmullo de gente por la izquierda. Inmediatamente después aparece Judas, tímido y receloso como siempre. Caifás lo ve; luego vuelve a ver al Sacerdote que ahora se enjuga el llanto)

CAIFAS

(A Judas, violentamente)

¡Cierra esa puerta! ¿Qué hacen ahí esos mirones?

(Judas se pone muy nervioso al oír sus gritos y no obedece. Caifás se dirige a cerrar la puerta él mismo, pero advierte el

(Pesando la bolsa en su mano)
Para el campo del alfarero. Estáis bien enterados de las profecías.

(Mirando hacia la izquierda, por donde había salido Judas, pero siempre a sí mismo y en voz baja)
Me hubiera gustado ver aquel beso más de cerca, Judas.

(Va hacia la puerta. Se oye que dice a los curiosos: "¡Fuera, fuera, fuera de aquí!". Se oye el portazo con que cierra la puerta. Cesa el murmullo de la gente. Regresa y atraviesa la escena. Cuando va por la mitad se ve, a lo lejos, un rayo. Luego se oye el trueno, lejano. Caifás se emociona de pronto y corre a la ventana. Otro rayo, a lo lejos. Sí, es cierto. No se equivocaba: La tormenta está encima. El día se ha oscurecido repentinamente. La estancia, sumida en sombras, refleja los relámpagos)

CAIFAS

¡Gracias, Señor!

(Recuerda de pronto)

¡El velo! ¡El velo!

(Va rápidamente a él, pero en el momento en que lo iba a tocar se queda inmóvil, temiendo. Otro trueno. Caifás se contagia, agarra el velo con rabia, con odio, y lo rasga en dos, de arriba a abajo. Violenta transición. Tiembla y cae prostrado de rodillas)

¡Perdóname, Señor, Dios todopoderoso; Tú conoces mi corazón!

(Ora)

(Entra el Sacerdote por la derecha con una antorcha en la mano; ve a Caifás y va a hablarle, pero se asombra al ver el velo y se crispa de terror)

SACERDOTE

¿Cómo?

(Pero medita rápidamente; vuelve a ver a Caifás y cae en la cuenta. Pausa. Lo acepta. Va y deja la antorcha en algún sitio apropiado. Luego, respetuosamente)

—Maestro.

(Caifás levanta la cabeza y lo ve)

Jesús ha expirado.

(Otro trueno. Caifás se incorpora silencioso, cansado)

La tempestad de pronto. Si no me lo hubieras dicho desde esta mañana tú, que sabes tanto de estas cosas, creería que se trata de un milagro. Que se haya oscurecido así, el día. Parece milagro ciertamente.

CAIFAS

(Rendido. Hablando lentamente. El esfuerzo con que rompió el velo había sido su último)

Quién sabe si no lo es. Quién sabe si no es ésta la manera de decirnos Dios que aprueba nuestros propósitos, y que nos ayudará.

(Pausa)

¿Por qué llorabas, Saúl?

(Pausa)

¿Jesús?

SACERDOTE

No. Los hombres.

CAIFAS

Es curioso. Yo pensaba en lo mismo. No pude evitar pensarlo por un instante.

(Mira el velo)

Por un breve instante.

SACERDOTE

Yo he estado todo el día entre esos hombres, viéndoles, a cada uno de ellos. Tú me has enseñado a amarles, Maestro, (Verdaderamente) y me dolía engañarles. ¿Es necesario engañarles de esta forma?

CAIFAS

Sí. Es necesario. Aunque sólo fuera por el propio bien de ellos, es necesario.

(Transición)

Es curioso, hace un rato pensé yo en lo mismo, en los hombres. Y se me ocurre preguntarme además: Si este nazareno fuese de veras el Hijo de Dios, ¿lo hubiera yo matado? ¿Lo hubiera yo matado, Saúl? Porque, Saúl, yo amo a Dios, pero también amo a los hombres, y me duele verlos cómo sufren, cómo mueren los pobres. En realidad son buenos. Son obras de Dios. Hechos de uno en uno, de noche, con besos y caricias, con amor, cuando más se quieren los esposos. ¿No cabe entonces que nosotros pidamos, que exijamos por ellos? ¿No cabe entonces que nos vengamos por su miseria? No sé qué hubiera hecho si este nazareno fuese de veras el Hijo de Dios. Es una fantasía pensarlo, pero no sé qué hubiera hecho. Demos gracias de que es un charlatán, y de que lo hemos sacrificado por la gloria de Dios y por el bien de los hombres.

bres. El sabrá desvestirse dentro cuando llegue el momento oportuno, cuando juzgue que podrán soportarle su terrible desnudez. No, estos hombres de esta generación no soportarían la verdad; ni sabrían qué hacer con ella, dónde ponerla, cómo usarla; ni son dignos de conocerla, los pobres. Aquí nadie viene a la sinagoga si no es a vender sus mercancías, o a robar. Roma se hunde bajo el fango y la prostitución. Grecia imita a Roma. No. Lo que estos necesitan es este peso que les estamos fabricando a la medida, para que les quede bien en la conciencia, apretado. Aceptarán la vida como el castigo merecido que les da un Padre iracundo y ofendido, pero justo, y le podrán amar entonces, y sólo entonces creerán en El a ciegas, sin querer comprenderle, porque antes habrán comprendido que son unos pecadores asesinos indignos de pretender hacerlo.

SACERDOTE

Y este engaño, Maestro, ¿hasta cuándo vivirán de él?

CAIFAS

Quién sabe. No lo sé. Hasta que los hombres amen la vida y no la vean como un castigo sino como una bendición. Hasta que se laven los ojos, porque la miseria está en nuestros propios ojos y no en la vida. De esto estoy seguro, pues Dios es infinitamente bueno, y la vida es obra de sus manos. Al menos, si no toda, las partes más inevitables de ella, las más duras. Entonces, cuando vean la vida buena, totalmente, al faltarles el castigo, se olvidarán de la culpa poco a poco, o bien se dirán: “¿Dónde está la culpa? Si hubiese de veras culpa habría castigo, puesto que Dios es justo. La justicia de Dios es su propia substancia. Pero yo aquí no veo —se dirán— sino una vida hermosa como una bendición. Luego culpa nunca la hubo. Los hombres nacen sin pecado, con las manos limpias. Todo ha sido un engaño de los antiguos” —se dirán—. E irán a Dios agradecidos, no golpeándose el pecho, sino cantando hossanas. Y sonriéndole.

(Pausa)

Nosotros, aquí, ahora, somos esos antiguos que ellos posiblemente desprecien por haber engañado a sus padres.

SACERDOTE

¿Crees que verdaderamente llegará ese día?

CAIFAS

Te repito: No sé. Quizá. Para mí es completamente imposible imaginarme a la vida limpia como una bendición. Pero sí, puede ser que algún día ciertos hombres distintos a nosotros, de una nueva raza, sobre los que no pese tanto la vieja carga de la tradición... puede ser que ellos puedan sacudírsela y ver la vida sin prejuicios, así, limpia, como te digo; y oír pura la palabra de Dios, y alimentarse de su verdad cruda.

SACERDOTE

Y nos despreciarán.

(En voz más baja)

¡Como me desprecio yo mismo!

CAIFAS

(No ha oído, o pretende no haber oído, la última parte)

Sí. Aunque también podría ser que uno de estos nuevos hombres se pasee un día por el bosque, y vea, y se sienta feliz, y no comprenda algo. Esa noche este hombre podría tener un sueño y vernos, a ti y a mí, como estamos ahora, y oírnos... desde algún sitio. Y él se lo dirá a sus hermanos, y ya no nos despreciarán. Muchas verdades se revelan en sueños, confusamente, y no por eso dejan de ser verdad.

SACERDOTE

No se la creerían, estoy seguro.

CAIFAS

Aunque así fuera, eres Sacerdote, siervo de Dios, y como tal, debes pensar primero en El y en sus amados intereses: Sus criaturas. Debes tener fe, hoy más que nunca, y estar dispuesto hasta el martirio por el amor de Dios. Porque tu labor comienza ahora. Tú te vas a convertir a esta nueva religión y seguirás a esos hombres que andaban con el nazareno. Apostatarás de esta sinagoga decrepita y la atacarás, e irás por todo el mundo predicando la nueva religión, diciéndole a los hombres que aquí, en Palestina, en Jerusalén, el hombre ha crucificado al Hijo de Dios; haciéndoles sentirse culpables hasta de haber nacido. Se te perseguirá oficialmente, pero te estarán esperando hambrientos en la puerta de cada corazón, porque necesitan urgentemente de Dios y están ayunos de El desde que encontraron insípido y huero el maná de

los antiguos; han menester de este nuevo condimento, pues todos se buscan el pecado que justifique el castigo de la vida para poder considerar a Dios justo y poder creer en El y saciarse esa hambre natural. Tú vas a señalarles su pecado, su tremendo pecado. Sepárate de mí, pues; ve a llevarle a esos pobres el consuelo.

(A sí mismo)

—¡El consuelo! Toda la vida la he pasado buscándole, el consuelo. Y era el asesinato de Dios.

(Menea la cabeza con pesimismo)

¡A lo que hemos llegado!

SACERDOTE

¿Por qué no vas a llevárselo tú mismo, Maestro? Yo... no quisiera ir. Todo el mundo sabe cómo he perseguido a ese nazareno. No creerán que haya cambiado así de repente.

CAIFAS

Eso no importa. Sí, creerán. Di que el nazareno se te apareció en sueños, que se te reveló y te convirtió en sueños. Cualquier cosa, pero que no sean razones. Tenemos que fiarle este mensaje a la creencia de los hombres, que no a su ciencia. Para que llegue lejos, para que llegue hondo.

SACERDOTE

Pero, ¿por qué no te conviertes tú en vez de yo? Con sólo convertirme convencerías a centenares.

CAIFAS

No. Se le daría mucha importancia e investigarían los escribas y los fariseos, y descubrirían fácilmente nuestro engaño. Es menester esperar a que la distancia y el tiempo lo enturbie de tal forma que parezca verdad, o que dé pábulo a la duda al menos. Yo no creo que viva para eso. Y es necesario, es necesaria esa distancia. El hambre y la imaginación harán el resto. Por eso conviene que vayas a predicar lejos de aquí. A Roma, si puedes.

SACERDOTE

¿Y crees que incluso ahí prenderá este engaño?

CAIFAS

Sí, sí, prenderá. Y probablemente más que aquí. Yo sé lo que te digo. Basta leer a sus escritores para darse cuenta. Todos se mofan de sus dioses.

SACERDOTE

Pero Jesús, la doctrina de Jesús, ¿cómo sabes como es? No le hemos oído hablar nunca.

CAIFAS

Yo conozco a mi pueblo, Saúl. Le conozco bien. Y sé lo que puede y lo que no puede hacer. Ve a Roma. También allá te esperan.

(Lo dice pero no quiere discutirlo)

Hay muchas cosas, muchas cosas, como te digo. Ya te darás cuenta.

SACERDOTE

Yo no quisiera que me pidas eso, Maestro. Yo... no quisiera ir.

CAIFAS

Es necesario, Saúl.

SACERDOTE

Además, los romanos desprecian a los judíos y no me harían caso. Se reirían de mí.

CAIFAS

Tú vas a tratar con esclavos especialmente, con los humildes. Ellos no te despreciarán. Y te harán caso. Yo sé lo que te digo. Cámbiate de nombre de todos modos. En vez de Saúl, en vez de Sáulo, hazte llamar... pues... por algún nombre romano.

SACERDOTE

Otra mentira. En el fondo de todo esto no hay más que mentira.

CAIFAS

No.

SACERDOTE

¡Sí! Estás construyendo esto... este nuevo templo, sobre una mentira, sobre base de barro, ¡y se desplomará! ¡Les caerá encima a los que estén dentro!

CAIFAS

No estamos construyendo sobre base de barro. En el fondo de todo esto lo que hay es un firme amor a Dios y a los hombres. Y eso es base suficiente, porque eso es perdurable. La mentira, el engaño, es sólo el andamiaje para construir lo que tú llamas un nuevo templo. Una vez construido... lo que yo llamo el amor a Dios, su mayor gloria... una vez construido, el andamiaje se tirará, se olvidará.

SACERDOTE

Si eso se desploma sobre la cabeza de los hombres...

CAIFAS

No se desplomará. Y de todos modos, le habrán desocupado ya para entonces. Habrán salido al aire libre, al bosque.

SACERDOTE

(Terco)

¡Pero, ¿y si se les cae sobre la cabeza?!

CAIFAS

No se les caerá. En caso de que flaquee antes de tiempo, crujiará, habrán señales, se les advertirá. No te preocupes, Saúl. Te repito: Yo no estoy improvisando esto. Llevo ya largos años calculándolo sin que me diera cuenta. Haz lo que te digo.

SACERDOTE

¡No... puedo!

CAIFAS

Sí, lo sé. Pero es necesario sacrificarse. También lo hago yo, como ves, sembrando lo que otro ha de recoger. Recuerda que somos sacerdotes, siervos de Dios. Vete, hijo. No vuelvas a verme. Pasa ahora por el Gólgota y di al pie de la cruz: "Ciertamente, este hombre era el Hijo de Dios". Dilo en voz alta, para que te oigan. Yo te repudiaré mañana, pero el fuego ha llegado a la paja ya.

(Pausa)

Adiós, Saúl.

(Lo abraza)

SACERDOTE

(Se deja abrazar pasivamente, pero de pronto estalla con violencia)

¡No! ¡No me toques, Maestro!

CAIFAS

(Extrañado)
¿Qué te pasa?

SACERDOTE

¡Yo... no puedo! ¡No... puedo ofender a Dios así!
(Transición. Vehementemente)
Maestro, tú me has enseñado a amar a Dios...

CAIFAS

(Dulce)
Sí, hijo, sí. Y es por el amor de Dios...

SACERDOTE

¡No! ¡No puedo! Tú no lo sabes. Yo me siento cochino desde que colaboro contigo en este engaño. ¡Y ahora ver así, profanado, el santuario del Señor!

CAIFAS

El santuario del Señor no es ese trapo que está ahí. El santuario del Señor está...

SACERDOTE

¡No!

CAIFAS

Exponme tus razones. Yo te ayudaré a que comprendas esto que estoy haciendo.

SACERDOTE

¡Siempre, siempre, siempre has hablado tú! ¡Pues no! ¡Ya no! ¡Ahora quiero ser yo quien hable!

CAIFAS

Sí, por lo que más quieras, habla. Exponme tus razones.

SACERDOTE

(Primero se crispa todo, como si fuera a hablar a gritos, pero en el momento de comenzar a hacerlo se encuentra con que no sabe cómo)

Yo no tengo razones.

(Deja caer su cabeza entre las manos, vencido. Caifás va a hablarle con dulzura pero se incorpora rápidamente)

¡No! ¡No quiero que me convenzas con tu sofisticada extranjera! Tú lo has dicho: Un sacerdote no cree con el entendimiento. De nada te sirve el haberme convencido así. Yo no creo con esto...

(Por la frente)
sino con esto...
(Por el corazón)

CAIFAS

(Tomando fuerzas de donde ya no las tenía)
¡Y ese hombre, ese hombre que estuvo aquí, hace un rato,
¿no te convenció al corazón? ¿No sabes que en estos mo-
mentos se está ahorcando? ¡Eso... ¿no te convence al co-
razón?!

SACERDOTE

(Desesperado)
¡No! ¡No me hables más! ¡No quiero oírte!
(Se tapa las orejas. Pausa. Transición)
No te respeto más, Caifás. Has hecho mal, mal, mal. Se
te juzgará por ello. Has ofendido a Dios con esta mentira,
y se te juzgará por ello.

(Transición)
Y en esta vida también, porque yo voy a ir a hablarle a esos
hombres y les diré la verdad. Les diré que tú has preten-
dido engañarles; que tú has pretendido robar para este
nazareno la gloria de Jehová. ¡Lo gritaré! ¡Iré a gritarles
la verdad antes de que se filtre tu veneno! ¡Tú me has
enseñado a hacerlo! ¡Ahora sé gritar! ¡Mira!

(Gritando)
¡Caifás, Dios te arrojará, te vomitará de su boca! ¡¿Quién
eres tú para querer justificarlo?! ¡Iré a gritarles la verdad,
ahora mismo!

(Inicia el mutis. Caifás se le interpone mansamente en su
camino)
Intenta detenerme, Maestro, y te abatiré a golpes.
(Caifás le cede el paso)

CAIFAS

(Rogando)
¡Saúl! ¡Saúl! ¡Por el amor de Dios, y el de los hombres!

SACERDOTE

(Se detiene. De espaldas a Caifás)
¿Por el amor de Dios?

(Grosero)

¡Caifás...!

(Dulce)

¡Maestro... por el amor de Dios no se miente!

CAIFAS

Por el amor de Dios es, hijo.

SACERDOTE

Pilatos anda diciendo que eres envidioso, y ambicioso.

CAIFAS

Tú no puedes creer eso de mí, Saúl.

SACERDOTE

(Gestos. No sabe qué hacer. Siempre de espaldas a Caifás)
Te daré una oportunidad. ¡Que Dios deje caer un rayo sobre mí y que me parta en dos, si es su voluntad el que este engaño se realice, si es para gloria suya! ¡Que deje caer sobre mí treinta rayos cuando salga del templo, si es su voluntad el que yo no le hable a los hombres! ¡Que los deje caer, ahora, sobre mí! ¡Que me hable! ¡Reza, Caifás, reza! ¡Que te haga este milagro! ¡Que me hable!

(A lo lejos, truenos amenazadores)

CAIFAS

Escucha la voz de Dios, Saúl. Pero no eso...

(Por los truenos)

Escúchala en ti, en el fondo de ti. Pon atención. Escucha.

SACERDOTE

(Pausa. Escucha. Pero no comprende la voz de su conciencia. Flaquea toda su decisión y se viene abajo. Llorando)
¡Ayúdame, Maestro! ¡Ruega a Dios que me manifieste su voluntad! ¡Ruégale a Dios un milagro, Caifás, cualquier cosa! ¡Que me diga de alguna forma que este engaño es para mayor gloria suya y para el bien de los hombres! Que ha aceptado este sacrificio monstruoso, inhumano.

CAIFAS

¡Lo ha aceptado! Porque es para su gloria, y para el bien de los hombres.

SACERDOTE

¡Que me lo diga Dios!

CAIFAS

Vendrán a burlarse de Dios, a pedirle cuentas por sus actos... a escupir en su santuario. Porque ya no le entienden, Saúl; los hombres ya no entienden a Dios, y han menester de esta nueva explicación para hacerles la vida soportable. Tú sabes eso.

SACERDOTE

¡Que me lo diga Dios! ¡Un milagro! ¡Cualquier cosa!

(Desesperado)

¡Reza, Caifás, reza!

(Caifás va lentamente al velo y se arrodilla a rezar, el rostro vuelto hacia arriba. Larga pausa)

¡Reza, Caifás, ayúdame! ¡Cualquier cosa!

(Larga pausa de silencio. Se recupera. Tranquilo)

¿Oyes? Silencio.

(Silencio absoluto)

Estás juzgado, Maestro.

(El Sacerdote inicia el mutis decidido. Caifás permanece orando imperturbable. Antes de consumir el Sacerdote el mutis, entra Marta, desesperada, rasgadas sus vestiduras)

MARTA

¡Caifás! ¡Caifás! ¡Justicia, Caifás! ¡Justicia! ¡Mi hijo ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

(Caifás ora, imperturbable)

SACERDOTE

(Asiéndola)

Ven, Marta.

(Con desprecio)

No le hables a ése.

MARTA

¡El, él decía que mi hijo iba a sanar, que ésa era la voluntad de Dios! ¡Ahora voy a pedirle cuentas a su Dios! ¡Suéltame! ¡Suéltame!

SACERDOTE

¡Marta, por favor! ¡Ofendes a Dios de esta manera!

MARTA

¿Dios? ¿Dios? ¡Yo no entiendo a tu Dios! ¡Dios ha matado a mi hijo, y a mi esposo! ¡Váis a ver lo que hago con vuestro Dios! ¡Suéltame, o te muerdo!

(Logra desasirse)

¡Escupiré en su santuario... romperé ese velo que...

(Ve el velo, roto ya, y queda inmóvil y muda de estupefacción)

¡El velo! ¿Qué ha pasado con el velo?

(Pausa. Truenos. El sacerdote vuelve la cabeza violentamente hacia la ventana, luego ve a Caifás y a Marta, y comprende de pronto)

SACERDOTE

¿Tú, Marta? ¡El milagro!

MARTA

Yo, ¿qué? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué está roto el velo?

SACERDOTE

¡El milagro, Marta! ¡El milagro!

(En voz más baja)

¡Tú!

(Se cubre el rostro)

—¡Dios mío!

MARTA

(Sospecha)

¿Qué milagro? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién ha roto el velo del santuario?

(Lo sacude)

¡Contesta! ¡Contesta! ¿Qué milagro? ¿De qué milagro hablas?

(Transición)

¿Acaso...?

(Ve por la ventana. Truenos)

¿Acaso...?

SACERDOTE

(Titubeando)

Marta... el velo del santuario... se rasgó en dos... solo... cuando expiró Jesús.

(Caifás baja el rostro, cansado, con una tristísima alegría)

MARTA

¡Y la tempestad...!

SACERDOTE

(Titubeando)

Así estaba escrito por los profetas.

MARTA

¿Entonces...?

SACERDOTE

(Titubeando)

Sí. Era... era el Hijo de Dios, Marta.

MARTA

(Ya lo había sospechado. Con una voz honda, pero no alta)

¿El Hijo de Dios? ¡No! ¡No! ¡No puede ser!

SACERDOTE

(Titubeando)

La luz vino a las tinieblas y... y... —¡Dios mío!

MARTA

¡El Hijo de Dios! ¡Y yo les ayudé!

(Con un atroz remordimiento, pero sin violencia)

¡Y yo les ayudé a matarle! ¡Con razón murió mi hijo, si yo mataba en esos momentos al de Dios! ¡Ahora lo comprendo! ¡Oh! ¡Perdóname, Señor!

(Llora amargamente, pero suave. Pausa)

SACERDOTE

(La mira detenidamente)

¿Te sientes mejor?

(No recibe respuesta, pero es evidente que sí. Por lo menos la furia se le ha aplacado totalmente. Decidido)

Ven, vamos al Gólgota a arrepentirnos; vamos a pedir perdón.

MARTA

¡Yo les ayudé! ¡Señor! ¡Señor! ¡Con razón murió mi hijo!

SACERDOTE

(Erguido, resuelta ya la voz)

Vamos, Marta; a pedir perdón, porque ¡ese hombre era el Hijo de Dios! —¡Ese hombre era el Hijo de Dios, Caifás.

(Salen los dos. Marta apoyada en el Sacerdote y llorando vencidamente. Pausa)

CAIFAS

(Solo. Alza el rostro. En voz baja)

Padre nuestro que estás en los cielos, he aquí el engaño de Jesús que ha muerto para redimirte en la pobre conciencia de estos hombres. He aquí nuestro engaño para que estos hombres puedan adorarte y para hacerles más llevadera la miserable vida. Sal a encontrarles, a estos pobres hombres, que van a Ti guiados por la mentira pero por los caminos de la humildad y de la resignación y del arrepentimiento, y que tu nombre sea bendito entre los benditos y la obra de tus manos justa ante los impuros ojos de estos hombres. Amén.

(La tempestad arrecia. Cae una serie de relámpagos a lo lejos que alumbran esporádicamente las tres cruces del Gólgota. Al rato se oye acercarse el rumor ensordecedor de una

legión de niños cantando en coro un aleluya espléndido y glorioso. Se ven pasar sus sombras marchando hacia la aurora cuyos límites pisa ya la vanguardia. ¡Aleluya! ¡Aleluya! La tempestad arrecia)

TELON LENTO

FIN DE LA OBRA

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMA



3 4189 00062 2771

De esta obra se hizo una lectura dramatizada dirigida por Rogelio Sinán en la Universidad de Panamá, el 20 de Junio de 1961. Los lectores fueron Ramón Levy, Roberto Cedeño, Aurelio Paredes, Lena Conde, Zelideth Rosales, Jesús Canto, Miguel Fernández, Antonio Bernal y Enrique Jaén.

El papel para esta edición ha sido cedido por la Universidad de Panamá. Se terminó de imprimir en Agosto de 1961 en la Ciudad de Panamá, en los talleres de la Imprenta Panamá.